

mido de gusanos, y mas hediondo y horrible que un cuerpo muerto que cae hecho pedazos en un sepulcro. ¡Oh, y qué cortas son nuestras providencias, qué falsas nuestras medidas, y qué vanos nuestros designios cuando no tienen otro apoyo que la pasión!

Haced, Señor, que toda mi prudencia, mi sabiduría, mis fines y mis designios sean agradaros con la pureza de mis costumbres, con mi sumisión á vuestras órdenes, con mi fidelidad en vuestro servicio, y con el cumplimiento de todas las obligaciones de mi estado.

JACULATORIAS.

Novit Dominus dies immaculorum : et hereditas eorum in æternum erit. Salm. 36.

El Señor tiene contados los días de las almas inocentes, y hará que gocen eternamente de la herencia que les ha destinado.

Beati immaculati in via : quia ambulant in lege Domini. Salm. 118.

Dichosos los que caminan por las sendas de la inocencia, sin otra guía que la ley del Señor.

PROPOSITOS.

1. La inocencia es la base del verdadero mérito. Las mas bellas cualidades bastardean, las virtudes se empañan, el entendimiento mas despejado se nubla, se llena de tinieblas, y se convierte en una oscura noche con la corrupcion de las costumbres. No es menester otra prueba de esta triste verdad, que la que nos presenta la experiencia de todos los días. De nada cuides tanto como de vivir en esta inocencia, de conservar este precioso tesoro, y poner esta delicada flor al abrigo de los vientos. Un vapor, un vaho demasiado grande la marchita : huye con cuidado de

todo lo que puede serte nocivo. Ama el retiro, evita las compañías mundanas, donde no se respira sino un aire contagioso. Ten una particular devoción á los santos Inocentes, y pídele á Dios por su intercesión que te conserve en la inocencia.

2. Procura seguir en todo el orden de la divina Providencia; y nada temas tanto como el oponerte á su economía con sutiles y malignos artificios. Para esto somete á la divina Providencia todos tus deseos, intentos y designios. No consultes sino la voluntad de Dios en cuanto emprendieres : no busques sino su gloria, y con esto buscarás y obrarás tu salvación.

DIA VEINTE Y NUEVE.

SANTO TOMÁS CANTUARIENSE, ARZOBISPO Y MÁRTIR.

Santo Tomás era inglés, de una familia distinguida por su nobleza antigua y por su piedad. Nació en Londres á 21 de diciembre del año 1147. Sus padres le pusieron el nombre de Tomás, por haber nacido el día de este santo apóstol. Su padre, llamado Gilberto Becker, siendo todavía jóven, se cruzó por devoción, é hizo el viaje de la Tierra Santa con otros caballeros ingleses para servir en la guerra contra los infieles. Habiendo caído en una emboscada de Sarracenos, visitando los santos lugares, fué preso y hecho esclavo el año de 1144. Sus bellas prendas le merecieron una particular atención de su señor, que era uno de los primeros oficiales de su nación, y le hicieron amar de la hija única de aquel emir, la que, embelesada con lo que le habia oído decir de nuestra religión, deseó hacerse cristiana. Habiéndose escapado Gilberto de su prisión, al cabo de diez y ocho meses,

la hija del emir huyó de la casa de su padre, dejó su país, y vino á Inglaterra á encontrar á Gilberto. El obispo la bautizó, y le puso el nombre de Matilde: habiendo esta casado con Gilberto, fué madre de nuestro santo, á quien crió con el mayor cuidado en el espíritu y máximas de la religion cristiana, siendo ella misma el ejemplo de las señoras cristianas. De ella con especialidad aprendió Tomás á honrar con ternura á la santísima Virgen, á quien hizo escogiera por su singular patrona, y de quien fué tan devoto toda su vida.

El jóven Tomás sacó del vientre de su madre las mas bellas prendas, las que fueron cultivadas con una dichosa educacion. Tenia un entendimiento vivo y despejado, un juicio sólido, y una memoria que conservaba tenazmente cuanto se le confiaba. Su aire, su vivacidad, sus modales se llevaban tras sí á todos. Vuelto su padre del segundo viaje de la Tierra Santa, le puso de pensionista en un monasterio para formarle en los principios de la religion, y en los ejercicios de la piedad cristiana. Hizo allí tantos progresos en la virtud como en las letras humanas, en las cuales salió muy hábil. Era el honor y la gloria de sus maestros, y daba á conocer lo mucho que se aprovechaba de los cuidados que empleaban en su educacion, cuando perdió á su padre y á su madre casi á un mismo tiempo. A los veinte y un años de su edad se vió abandonado á sí mismo; pero sin embargo de los malos ejemplos que veia, supo usar bien de su libertad. Fué á París para continuar sus estudios, donde se distinguió, especialmente en la ciencia del derecho.

Sus padres le habian dejado muchas virtudes, pero pocos bienes. Habiéndole tomado un señor principal por su secretario, quiso que le acompañara en todas sus diversiones. La caza fué en lo que mas gusto hallaba;

pero Dios hizo un milagro para sanarle de esta pasion. Un dia que cazaba al vuelo, ó de cetrería, á la orilla de un río, habiendo su alcon hecho meter en el río á un ánade, á quien perseguia, y habiéndose metido en el agua con él, el temor de perderle le hizo arrojarle al río, sin advertir el peligro á que se exponia por libertar su alcon: la corriente del agua le llevó hasta un molino, donde iba á ser estrellado contra el rodezno, cuando por un milagro visible el rodezno paró de repente hasta que fué sacado Tomás del agua. Reconoció el favor de una proteccion tan visible, y renunció á todas estas diversiones, aplicándose desde entonces á ocupaciones mas serias. Sin embargo de la reputacion que adquirió en la administracion de los negocios civiles, se disgustó de ellos; y no pudiendo su rectitud sufrir las vejaciones y las injusticias que veia, se arrimó á Teobaldo, arzobispo de Cantorbery, quien, reconociendo en él un ingenio sobresaliente, y un gran fondo de piedad, le empleó en el despacho de los mayores negocios de su diócesis. Envióle á Roma por negocios muy delicados; pero Tomás nada emprendió jamás con que no saliera felizmente. Advirtió cada dia el arzobispo mas mérito en su superintendente: creyó que no podia hacer mayor servicio á la Iglesia que conquistarle un tan digno sugeto, y así le ordenó de diácono.

Era demasiado grande su mérito para no temer envidiosos. Rogerio, arcediano de Cantorbery, fué toda su vida su enemigo mortal. Tomás no le correspondió sino con una inalterable paciencia. Habiendo sido creado el arcediano arzobispo de York, Teobaldo dió á nuestro santo el arcedianato, y proveyó tambien en él algun otro beneficio. El aumento de rentas solo sirvió para hacerle mas limosnero; tanto, que sus grandes limosnas le consiguieron bien pronto el nombre de padre de los pobres. Haciéndose cada dia

mas visible el mérito del nuevo arcediano, el rey Enrique II quiso conocer y tratar personalmente á un ingenio tan extraordinario, y de una virtud que era el objeto de los aplausos de toda la corte. Apenas hubo hablado con él, cuando conoció que su mérito era muy superior á su fama, y sin detenerse le hizo su canciller.

Jamás se vió ministro de estado, ni tan zeloso de los intereses de su rey, ni tan deseoso del bien público. Jamás se sirvió del favor que lograba con el rey sino para el alivio del pueblo: si el rey le honraba con toda su confianza, el canciller hacia á su reino feliz. El puesto que tenia en la corte no le hacia olvidarse del que tenia en su iglesia; y se veia en el ministro de estado mas prudente y mas hábil que hubo jamás, el eclesiástico mas ejemplar y mas perfecto que jamás se ha visto en Inglaterra. Empleaba el día en el despacho, y pasaba la mayor parte de la noche en oracion, siendo tan modesto y tan mortificado en la corte, como el mas fervoroso religioso en el claustro; y si despues de sus largas oraciones le obligaban á tomar algunos momentos de descanso, no dormia en la cama, que tenia de perspectiva, sino en tierra. El mismo rey le sorprendió alguna vez en este ejercicio de austeridad. Pocas noches se pasaban sin que maltratara su cuerpo con sangrientas disciplinas. La penitencia fué, por decirlo así, su pasion dominante; y la profusion y liberalidad con los pobres, á quienes jamás rehusó la limosna, hacian todas sus delicias.

Advirtiendo el rey los prodigiosos talentos de su canciller, y su raro mérito, le confió la educacion del principe Enrique su hijo. Nada omitió nuestro Tomás para hacer de él un rey segun el corazon de Dios: no se vió jamás educacion mas bella. Los servicios que Tomás hacia al estado no se limitaron á la familia real: envióle el rey á Francia en calidad

de embajador extraordinario; acompañó á Enrique á Guinea; y en todas partes dió pruebas visibles de cordura, de prudencia, de habilidad y de valor.

Mientras que el canciller de Inglaterra brillaba tanto en la corte, y era la admiracion de las cortes extranjeras, el arzobispo Teobaldo dejó vacante por su muerte la silla de Cantorbery; desde luego pusieron todos los ojos en el canciller: el mismo rey creyó que no podia encontrar sugeto mas digno, y así lo mismo fué verle, que decirle le habia escogido para la primera silla de Inglaterra. Tomás se asustó al oir la propuesta del rey: representóle su insuficiencia para un cargo que pedia otra virtud y otra ciencia que la que podia él tener. Estos humildes sentimientos, y toda su respetuosa representacion solo sirvieron para confirmar su eleccion. Viendo entonces que era preciso obedecer, dijo nuestro santo: Señor, estoy muy seguro que, si Dios permite que yo sea arzobispo de Cantorbery, perderé bien pronto la gracia y el favor de vuestra Majestad, y que el grande afecto con que ahora me honra, se convertirá en un odio implacable; porque las disposiciones con que veo á vuestra Majestad me dan sobrado motivo para temer ha de querer exigir de mi muchas cosas contrarias á los derechos de la Iglesia, y que no me permitirá concederos mi ministerio; lo cual servirá de pretexto á todos los que no me quieren bien para desacreditarme con vuestra Majestad, y hacerme perder los frutos del zelo y fidelidad con que hasta aqui le he servido.

El rey pareció pasmarse al oir una respuesta tan libre; pero sin embargo perseveró en su resolucion, y como se hallaba en Normandia, le mandó pasase al instante el mar, y fuese á tomar posesion de su obispado; lo que se ejecutó, por mas súplicas y representaciones que hizo santo Tomás. Se juntó el clero en

Londres en la abadía de Westminster, y todos confirmaron la elección del rey, quedando Tomás elegido arzobispo de Cantorbery con general aplauso en presencia del joven príncipe Enrique, su discípulo: fué luego conducido á Cantorbery, donde se ordenó de presbítero el sábado 2 de junio, y el día siguiente fué consagrado obispo por el obispo de Winchester, con asistencia de otros catorce prelados mas, en presencia del príncipe y de toda la nobleza.

Jamás se vió consagración mas aplaudida, ni obispo que mantuviese mas dignamente su carácter. La alta dignidad á que nuestro santo acababa de ser ensalzado no aflojó el espíritu de penitencia y de humildad del nuevo prelado: apenas recibió el palio que el papa Alejandro III le envió, cuando abrazó la disciplina monástica regular del cabildo de su catedral, llevando el hábito religioso debajo del de prelado, y observando la vida mas austera. Se aplicó mas que nunca á mortificar su carne y sus sentidos con continuos ayunos, vigiliass y otras mortificaciones corporales: se vistió asimismo un áspero cilicio, el que no se quitó en toda su vida. Lavaba los piés á trece pobres al amanecer, y daba de comer cada día en su palacio á ciento y doce. Decía misa todos los días con una devoción tan grande, que se comunicaba hasta á los asistentes; despues de lo cual iba á visitar los hospitales y á otros pobres enfermos. Tenia tan arregladas en su casa las horas del oficio divino, las conferencias y otros ejercicios de piedad, que vino á ser el ejemplo de las casas mas regulares; y si se habia hecho tan célebre siendo canciller, siendo arzobispo fué el modelo de los mas grandes y mas santos prelados de la Iglesia.

La ejemplar piedad y la constante regularidad del pastor reformaron bien pronto el rebaño. En muy poco tiempo los abusos fueron abolidos, corregidos

los desórdenes, y toda la diócesis mudó de semblante. No hacia mas que un año que el santo prelado ocupaba la silla metropolitana cuando se vió precisado á pasar el mar para asistir al concilio de Tours, en que presidia el papa. Todos los cardenales salieron á recibirle, y Alejandro III le recibió asimismo como á un prelado que era el ornamento de la Iglesia. El concilio pronunció anatema contra todos los usurpadores de los bienes de la Iglesia, y contra los obispos y monjes que no se opusieran á semejantes usurpaciones.

Vuelto santo Tomás á Inglaterra, fué recibido del rey con unas demostraciones de honra y amistad todavía mayores que las que habia experimentado hasta entonces; pero este favor no duró mucho tiempo. El rey llevó á mal que el santo quisiera hacer dejación del empleo de canciller, y que hubiera ejecutado la disposición del concilio de Tours, excomulgando á un señor, patrono de una parroquia; pero lo que acabó de exasperar al rey contra el santo fué la constancia con que defendió que los eclesiásticos no debian ser juzgados por los jueces seculares, sino por los obispos ó sus vicarios. El rey miró esta pretension como una injuria hecha á la autoridad real, y juntó una asamblea de obispos en Westminster, en la que el santo arzobispo defendió con vigor los derechos de la Iglesia, y aunque la indignación del rey inclinó hácia sí á la mayor parte de los prelados, santo Tomás se mantuvo inflexible; pero en fin, movido de las lágrimas de la mayor parte, que no cesaban de rogarle y representarle que mirase por la tranquilidad del estado, y por la paz de la Iglesia, hubo de ceder y obligarse bajo de juramento á seguir la costumbre. Pero no estuvo mucho tiempo sin arrepentirse: su portacruz ó crucero, hombre piadoso y zeloso, no temió echarle en cara que habia vendido á la Iglesia, y le

había sido traidor. La voz de este hombre, dice el cardenal Baronio, fué el canto del gallo que despertó á san Pedro. Nuestro prelado detestó su cobardía, lloró su culpa y se abstuvo de decir misa hasta que el papa, que estaba en Sens, le hubo enviado la absolucion de su culpa. Creyó que debía ceder á la tempestad, y retirarse á Francia, cerca del papa; pero los vientos contrarios le obligaron á volverse á su iglesia, donde trabajó con mas zelo que nunca. El rey, siempre irritado contra el santo prelado, suplicó al papa nombrara por su legado al arzobispo de York, en lugar del de Cantorbery. El papa lo rehusó mucho tiempo; pero temiendo las consecuencias que podrian resultar de no asentir á las instancias de un rey irritado y violento, vino en ello por el bien de la paz; pero, aunque transfirió la dignidad de legado apostólico al arzobispo de York, no le dió jurisdiccion alguna sobre el de Cantorbery, ni sobre alguno de sus sufragáneos.

El rey, poco contento de esta exencion, volvió á enviar el breve al papa; y determinó hacer deponer al santo arzobispo. Hizo amontonar varias acusaciones contra el santo; convocó un parlamento en Nortánton, en el que fué obligado santo Tomás á comparecer como reo, y no como arzobispo; fué condenado en él por los obispos y señores; todos sus bienes fueron confiscados, y la confiscacion se puso en manos del rey como por gracia. En medio de una tan violenta borrasca el santo no perdió su tranquilidad y su paz. Se vió despojado de todo sin quejarse; y sabiendo que había de haber una junta para deponerle, creyó que este día iba á ser el último de su vida. Dijo misa de san Estéban con el palio para disponerse á morir; y tomando él mismo el Sacramento con la cruz, se presentó ante el rey, el cual tomó este procedimiento por un insulto. Recibió mil ultrajes en

palacio; y habiéndole dicho que había sido depuesto, oyó con serenidad su deposicion, y apeló á la santa sede. El santo prelado, cargado de injurias por sus propios hermanos, insultado por los barones y cortesanos, y ultrajado de varios modos por los oficiales del rey y por sus criados, salió de palacio muy gozoso por haber sido juzgado digno de padecer por la justicia. Pero habiéndole dicho que su vida no estaba segura, se huyó secretamente una noche, y pasó á Francia, donde fué muy bien recibido del rey, quien le ofreció su proteccion. El mismo acogimiento halló en el papa, á quien le hizo una sencilla, pero verdadera relacion de todo lo que había pasado, y le suplicó que, pues él solo había sido la causa de la tempestad, se dignase admitir su dejacion, y sacando al punto el anillo episcopal de su dedo, le presentó al papa, y se retiró de la junta. Pero habiéndole hecho llamar el soberano pontífice, alabó su zelo y su piedad, le puso él mismo en el dedo el anillo, y le restableció en su silla; y para no exasperar mas á Enrique, aconsejó al santo se retirara á la abadía de Pontigny, del orden del Cister, esperando reconciliarle bien pronto con el rey.

No se puede explicar el gozo que mostró el santo al verse en este sagrado asilo despues de tantos trabajos: aquí fué donde se entregó á todas las dulzuras de la oracion, y á todos los rigores de la penitencia. El rey de Inglaterra, irritado del favor que el santo había hallado en Francia del papa y del rey, hizo confiscar todos sus bienes, y los de sus parientes y amigos, los desterró á todos de sus estados, y los obligó, bajo de juramento, á ir á buscar al santo en su retiro. Santo Tomás vió muy en breve llegar á Pontigny esta tropa de gentes proscritas y desterradas por él, las cuales se le iban á quejar de su desgracia. El santo se enterneció al ver este espectáculo: las lá-